

EL TÓTEM

Miguel en brazos de su padre y Jorge en los de su madre miraban con grandes ojos curiosos a la alcaldesa, quien se afanaba en anudarles su obsequio a la vez que intentaba discernir quién era cada uno.

Aquel 15 de agosto no iba a ser diferente a otros, y un centenar de niños nacidos en el año anterior, junto con sus padres, se concentraron en la plaza para recibir el tradicional pañuelo de la localidad en un día tan especial. A pesar del mes, el estío no había terminado de imponer su presencia, y un molesto viento se entretenía levantando faldas y revolviendo cabelleras.

A medida que los nombraban, los progenitores subían los peldaños de acceso a la lonja con sus bebés donde, bajo la sombra de la espectacular colegiata, el cargo de turno les anudaba la simbólica prenda alrededor del cuello. Las decenas de cigüeñas que coronaban el edificio eran espectadoras de excepción de lo que sucedía debajo de sus nidos, sin entender el tumulto, pero contagiadas, de alguna forma, por el ambiente del festejo, que transcurría con normalidad

Los mellizos, con un parecido físico más que obvio, tenían personalidades muy diferentes. Miguel era impulsivo e inquieto, siempre con una sonrisa en la cara, mientras que Jorge, serio y sereno, evaluaba con la mirada antes de realizar cualquier gesto. Ambos, junto con alguna otra pareja gemelar, centraban la atención de la mayoría de los asistentes.

Posaron todos para inmortalizar el momento en el que una quinta completa se reunía por primera vez, y ese año, como novedad, dejaron que los niños se divirtieran gateando sobre un parque acolchado, montado expresamente para la ocasión. Mientras, los padres eran agasajados por las autoridades con una copa de champán para brindar por los pequeños.

Los niños, intimidados por los árboles y los animales de cartón que adornaban el espacio de juego, permanecieron sentados, sin saber qué hacer, en una formación circular, vigilados por voluntarios reclutados para el evento.

Entonces se produjo el suceso.

Algo que los pocos que lo pudieron ver no acertaron a explicar.

Aunque antes vino la desgracia.

Nadie se percató de que uno de los niños recogía un trozo desprendido del material sintético que forraba el acolchado. Ni de cómo se lo metía en la boca. Ni de que tras intentarlo tragar, y ponerse colorado, el bebé caía sobre el blando piso sin un sólo ruido o aspaviento.

Sin embargo, los cuidadores sí que detectaron que una cigüeña joven, nacida en ese mismo año, caía a plomo desde la parte central de la fachada de la colegiata, sin intentar siquiera un aleteo para remontar el vuelo, cosa que podría haber hecho, para estrellarse junto al niño atragantado.

El animal quedó tumbado en una posición antinatural, en el centro del parque, rodeado por los pequeños quintos, con varios huesos rotos y agitando una de las alas. Como si quisiera alcanzar al chiquillo que no respiraba.

Ya iban a ser dos las víctimas si alguien no hacía algo.

Entonces los niños se pusieron en movimiento. Los mellizos gatearon hacia el gran pájaro, seguidos por los chiquillos que tenían más cerca. Llegaron hasta la cigüeña, que se agitaba moribunda, y se sentaron. Miraron a su alrededor, barriendo con la vista el corro de nenes. Y todos a una parecieron seguir una orden silenciosa. Mano con mano, mano con pie o pie con cabeza hasta quedar unidos en una cadena humana, en cuyos extremos permanecían los mellizos Miguel y Jorge.

Fuera del parque, los padres, con la copa en alto, brindaban y aplaudían las palabras de la alcaldesa. Los fotógrafos se esmeraban por obtener los mejores planos. Los voluntarios no se movían, estupefactos, tras ver la caída del ave. Miguel y Jorge cruzaron la mirada y posaron sus manitas sobre el cuerpo de la cigüeña.

El tiempo pareció detenerse cuando el círculo se cerró.

Los cuidadores que no pestañearon en esa milésima de segundo fueron testigos de cómo el parque cobraba vida de una manera muy peculiar: los árboles agitaron sus ramas rosas, sostenidas por troncos azules; los ciervos, de color amarillo, arrancaban briznas de pasto rojo para alimentarse y un sol verde, bordeado de nubes doradas, iluminaba la escena.

Un halo envolvió a los pequeños, partiendo del punto más alejado, hasta llegar a los mellizos, donde cobró intensidad. La joven cigüeña quedó imbuida y...

Todo volvió a la normalidad. Los árboles recuperaron su textura de cartón y sus colores verde y marrón, los ciervos dejaron de comer la extraña hierba, que

oaso a ser una esterñia, y el sol se agitó, colgado de un hilo de la fachada de la colegiata, con su característica tonalidad gualda.

Los niños rompieron la cadena, y el extraño aura desapareció.

El tiempo recuperó su pulso. El joven pájaro se incorporó. Los gritos interrumpieron el acto festivo. Los pequeños comenzaron a llorar.

Los padres corrieron a recoger a sus hijos al ver a la cigüeña dentro del parque y el animal, asustado, se lanzó por un hueco entre el gentío. Desde lo alto de la escalinata abrió sus alas, remontó el vuelo a trompicones, dio una pasada por encima del tumulto y terminó, posada, sobre el nido del que había caído.

El caos terminó de adueñarse del lugar. Los padres, con sus hijos en brazos, corrían, empujándose y pisándose unos a otros, afanados en sacar de allí a los pequeños, que lloraban desconsolados. Las ancianas gritaban. Las autoridades intentaban poner orden. Y entonces llegó de nuevo el silencio. Todos los niños habían sido retirados del parque. Todos menos uno.

Un familiar ruido rompió el mutismo, solo que a un volumen nunca escuchado: el croreo de las cigüeñas. El ensordecedor sonido del golpear de los picos de más de un centenar de animales al unísono consiguió que todos levantasen la cabeza para observar a las aves. Sin embargo, fue el grito desgarrado de una madre lo que puso punto y final al festejo.

Jorge se vistió despacio con el uniforme y salió del vestuario. Llevaba dos años asignado a una comisaría de policía nacional, en una población demasiado cercana al domicilio de sus padres, cosa que no le hacía ninguna gracia. Perdido el contacto con ellos desde que pudo emanciparse, con dieciocho años, no quería volver a verles.

Aunque les echaba de menos.

Sobre todo al recordar los momentos familiares de su niñez, pero no les perdonaría. Ellos le separaron de su hermano, del que no volvió a saber nada desde la adolescencia. Y de eso hacía ya más de trece años. ¿Dónde estás, Miguel?, pensó al subirse en la moto, atormentado también por la culpa, antes de seguir a su compañero.

Los mellizos llegaron a la pubertad muy unidos, incluso compartiendo cuadrilla de amigos, hasta que Miguel, deseoso de nuevas experiencias, comenzó a

frecuentar malas compañías, tan abundantes en aquella época. Dejó de tener en cuenta a su hermano y modificó su comportamiento. Se volvió desastrado, iracundo y reservado. Apenas cruzaban palabra a pesar de que Jorge intentaba acercarse cada vez que tenía la oportunidad. Advertirle sobre sus nuevos amigos. Sobre lo que le ocurriría si continuaba consumiendo aquellas drogas de diseño «tan guays».

Con la impotencia de no sentirse escuchado y previendo un desenlace fatal, acudió a sus padres. Toda la familia se volcó en ayudar a Miguel, si bien este se encerraba cada vez más en su dañino mundo. Las charlas y las reuniones dieron paso a los gritos y las agresiones en la casa familiar. Día sí y día también.

Y la situación estalló. El padre, harto de ver a su hijo hacerse daño, le plantó las maletas en la puerta.

—¡Elige!—gritó el hombre fuera de sus casillas—¡Tu familia o tus amigos!
Nunca más volvieron a ver a Miguel.

Dos años después, con la mayoría de edad, Jorge se fue de casa.

Desde el asiento de la enorme moto, Jorge disfrutaba de la velocidad. Durante los trayectos podía concentrarse solo en conducir. Todas las preocupaciones desaparecían y daban paso a una sensación de libertad que no era capaz de encontrar en otro sitio. Excepto cuando debía circular cerca de su ciudad natal. La tristeza y la desazón le invadían cada vez que la tenía a la vista desde la carretera que la circunvalaba. Un lugar que se había convertido en maldito.

En los últimos 31 años, Alfaro pasó de ser una población alegre y bulliciosa, reconocida por la amabilidad de sus gentes y la riqueza de su entorno, a una ciudad lóbrega y semiabandonada.

Desde la muerte de aquel niño, los vecinos, asustados porque pudiera repetirse el fatal episodio, decidieron que era demasiada la población de cigüeñas que soportaban en el núcleo urbano. Así que optaron por empezar a retirar nidos del tejado de la colegiata para llevarlos a otras zonas, lejos de la compañía humana

Sin embargo, las aves se empeñaban en anidar sobre el enorme templo, y los ciudadanos, convencidos de que debían evitarlo, emprendieron una cruzada para echarlas de allí. No moriría ningún otro infante por culpa de las zancudas. En poco tiempo, no quedaba ni rastro de ellas. Y la decadencia extendió sus garras para atrapar al municipio.

Todo empezó con un sutil cambio meteorológico. El microclima del que gozaba la zona, propicio para obtener grandes cosechas, evolucionó hasta hacer imposible el crecimiento de cualquier vegetal sano. El sol, oculto entre amenazadoras nubes durante la práctica totalidad del año, dejó de brillar, y la oscuridad entró a formar parte de la vida cotidiana. El carácter de las personas se tornó agrio y amargado, con continuos enfrentamientos vecinales que ocasionaron la marcha de gran parte de la población. Las casas abandonadas llegaron a estar en mayor número que las habitadas cuando el número de residentes llegó a situarse por debajo de la mitad.

Luego llegaron los nuevos habitantes. Las casas vacías fueron ocupadas por personas de baja moral. La delincuencia y la violencia eran la nueva forma de vida y ya no era seguro pasear por las noches.

Extrañas epidemias, circunscritas a la localidad, mantenían enfermos a muchos de los alfareños, que habían perdido la energía y las ganas de vivir.

Pero lo peor de todo era que no había niños: desde hacía treinta y un años no había nacido un solo bebé.

A través de las redes sociales había seguido la pista de algunos de sus antiguos compañeros de colegio, más por buscar a su hermano que por mantener algún tipo de amistad. Todos habían salido de allí en cuanto se les presentó la oportunidad de establecerse en otro sitio, pero en los últimos cinco años Jorge, sin entenderlo, fue testigo de cómo habían ido regresando, uno a uno, para quedarse. Incluso se reunían cada 15 de agosto, tal y como demostraba la invitación que recibía de forma anual y que siempre rechazaba. Sin embargo, aquella noche, después de terminar la jornada, ducharse y despedir a su compañero, Jorge regresó a Alfaro a pesar de su reticencia. Eso sí, con el arma reglamentaria introducida en el cinturón. Algo en su interior le atraía poderosamente y le instaba a que regresase al lugar que había bordeado unas horas antes vestido de policía. Pero no pensaba hacerlo desarmado.

Aparcó el vehículo cerca del río y caminó, con decisión, hacia el centro. La oscuridad, rota en algunos puntos por la luz intermitente de farolas averiadas, no le impidió ser testigo del estado de abandono en que se encontraba la ciudad. Sintió un escalofrío. ¿Cómo se puede haber llegado a esto?, se preguntó el joven, superado por lo que veía.

Calles repletas de basura acumulada durante años sobre las aceras, con roedores revolviendo entre los montones. Fachadas sucias y en estado ruinoso. Ventanas sin cristales, con maderas clavadas para evitar el acceso de extraños. Decenas de viviendas abiertas y deshabitadas. Olor a putrefacción y excrementos. Vehículos desguazados...

Jorge no podía creer lo que veía. Esa era su ciudad. La ciudad donde todavía residían sus padres. La ciudad que le dio la vida.

Llegó a la plaza, donde la familiar silueta de la Colegiata pareció darle la bienvenida. Se acercó a ella. Subió las escaleras de acceso a la lonja y... Allí había alguien más. Vio una sombra que se afanaba por intentar abrir una de las puertas laterales. No lo iba a permitir. Sacó su arma y apuntó al desconocido.

—¡Quieto ahí! Levanta las manos donde pueda verlas o disparo—dijo con seguridad.

Todo sucedió muy rápido. El individuo, con gran agilidad, sacó su propia pistola y apuntó a Jorge. Durante unos segundos, ambos permanecieron quietos, midiendo sus fuerzas, hasta que, en el silencio de la madrugada, retumbó una sola detonación. Ambos apretaron el gatillo a la vez, en el mismo momento en que una tercera figura, visible por el color blanco de su plumaje, se interponía en el trayecto de las balas.

Le acertaron de pleno.

Los tiradores se quedaron petrificados. ¿Qué era aquello? El animal se movió. Jorge corrió, con el pulso acelerado, hasta arrodillarse junto a esa bola blanca aparecida de la nada. Ni siquiera se enteró de que había soltado el arma. Apoyó ambas manos sobre el ave, todavía caliente, y la reconoció como una cigüeña. Uno de esos pájaros que sus padres le decían que habitaban en los tejados hacía muchos años. Pero que él nunca había visto.

Otras manos se posaron junto a las suyas, sobre el animal. La situación le resultó familiar, y un hormigueo, nacido en el estómago, comenzó a extenderse por todo su cuerpo.

Sacó del bolsillo un mechero y lo encendió. Fue como verse en un espejo. Sin mediar palabra, ambos hermanos se fundieron en un abrazo.

Media hora después, y tras enjuagarse las lágrimas, recogieron con cuidado el cuerpo inerte de la cigüeña y se encaminaron, en silencio, hacia el río Ebro. Fue un largo trayecto de ida y vuelta, pero ambos sabían que aquel era el lugar donde el ave querría descansar para siempre.

De regreso, todavía de noche, llamaron al timbre de la casa de sus padres. Una figura masculina, en batín, les abrió la puerta.

—¡Susana!—gritó emocionado—¡Susana ven! No te lo vas a creer.

Lo último lo dijo en un susurro, tras el que cayó de rodillas llorando como un chiquillo. Una mujer pálida, de aspecto enfermizo, se asomó asustada por una de las puertas interiores de la vivienda. Se los quedó mirando, sin reconocerlos al principio, hasta que se lanzó, incrédula, para reunirse con ellos.

Pasaron el resto de la noche y parte de la mañana en torno a una cafetera. No hubo reproches, ni discusiones. Tan solo una familia reunida poniéndose al día de los últimos trece años.

La noche del 15 agosto los mellizos salieron de la casa de sus padres, donde estaban instalados, para dirigirse al bajo de la vivienda donde se celebraría la cena anual de quintos. Al llegar, les abrió una hermosa joven de pelo corto y rubio.

—Hola,... ¿Inés?—saludó Jorge dubitativo.

La muchacha les recibió con dos besos y les hizo pasar al interior de la estancia. Se trataba de un amplio garaje reconvertido en merendero para la ocasión, con amplios ventanales que mostraban la oscuridad del exterior.

—Sois los últimos—les informó otra de las jóvenes—. Por fin estamos todos.

Jorge no supo si se refería a aquella noche o a que eran los últimos de la quinta en regresar a Alfaro.

Comenzó la cena. Al principio transcurrió con tranquilidad, con las conversaciones banales típicas entre personas que tienen muy poco en común o que no se conocen. Cuando llegaron al postre, Miguel relató el extraño episodio de la cigüeña que les había salvado la vida a su hermano y a él unos

días antes. Al finalizar la historia, unos sonrieron, otros agacharon la cabeza e incluso hubo quien no pudo evitar que se le escapase alguna lágrima.

—Así es como tenía que ser. Todos nosotros hemos regresado empujados por algo que nos atrae a este sitio. Siempre después de haber vivido experiencias similares a la vuestra—tomó la palabra Inés. Miguel y Jorge intercambiaron con ella miradas interrogantes, esperando a que se explicase—. Yo misma sufrí un intento de agresión. Fue en Zaragoza, hace tres años. Me salvé porque una cigüeña se lanzó contra mi atacante y pude salir corriendo. No sé de dónde salió. Ni si pudo escapar con vida...

—A mí me salvó de un accidente de tráfico... A mí de morir envenenado... Impidió que me tirase de un edificio... Me rescataron gracias a su intervención...

Durante horas, y para sorpresa de los hermanos, todos los allí presentes relataron historias con un nexo en común: seguían con vida gracias a la intervención de los hermosos pájaros. Muchos de ellos, ocupando el lugar que les habría tocado a los humanos.

Cuando el último de los jóvenes habló, un sonido les llamó la atención. Se volvieron hacia la ventana para ver a una cigüeña que golpeaba su pico contra el cristal.

Salieron. El ave dio unos saltos, abrió las alas y emprendió un vuelo bajo. El centenar de jóvenes corrió detrás de ella, girando por las calles aquí y allá para intentar no perderla de vista. Sin embargo, la negrura era tan profunda que pronto dejaron de verla.

—¿Y si nos separamos?—propuso un joven de piel oscura—.Podremos cubrir más terreno...

—No—le interrumpió Jorge—, debemos permanecer juntos. Esperad un momento.

La intuición le advertía que no debían separarse. Segundos después, la cigüeña apareció planeando sobre sus cabezas.

—Por allí—señaló Miguel.

Reemprendieron la zigzagueante carrera hasta desembocar en la plaza. Allí, sobre la lonja, estaba el gran pájaro, envuelto en un brillante halo. Los jóvenes subieron los peldaños de la escalinata sin decir nada y, a los pies del hermoso templo, fueron uniendo sus manos hasta formar una cadena en torno al ave.

Miguel y Jorge, en ambos extremos, no cerraron el círculo, sino que se acercaron a la zancuda. Con un gesto suave, apoyaron las palmas sobre su cuerpo y...

...el viento agitaba las ramas rosas de los árboles. Un pájaro carpintero multicolor golpeaba sin pausa uno de los llamativos troncos azules que poblaban el bosque. Los niños, sentados en círculo sobre un césped rojo, seguían unidos por las manos, rodeando a otro chiquillo que, boca arriba y con el rostro de un tono bermellón, hacía grandes esfuerzos para respirar. Se estaba ahogando. Sin embargo, nadie podía moverse para salvarlo.

Entonces cayó una cigüeña joven, que se había lanzado en picado, y golpeó en la tripita al infante. Lo que fuera que tenía atravesado en la garganta salió disparado a través de su boca, y el chiquillo recobró el aliento. Se incorporó para quedar sentado, miró a su alrededor, y estalló en carcajadas. El sonido de una risa limpia y pura inundó el espíritu de los integrantes del círculo, transmitiéndoles paz y seguridad.

A continuación, el sonriente niño se sentó sobre un hermoso paño que había aparecido a su lado. La cigüeña que le había salvado recogió los extremos con el largo pico y remontó el vuelo. Era la segunda y última vez que todos los componentes de la quinta estarían unidos.

El sonido de la risa del bebé fue lo último que escucharon cuando desapareció. transportado en el pico de su salvadora hasta un lugar donde por fin descansaría en paz y...

...abrieron los ojos. Estaban sentados en la lonja, absortos, unidos por las manos. sonriendo.

Amaneció un día 16 de agosto. Día del santo patrón. El sol se impuso a la oscuridad y las ponzoñosas nubes se diluyeron en la hermosa mañana. Los vecinos abrieron las ventanas al intuir que algo ocurría y recibieron con entusiasmo la luz y el calor que hacía años que no disfrutaban. Salieron a la plaza. Se llamaron unos a otros. Esta vez sin peleas. Sin rencillas. Sin rencor. Se congregaron bajo la escalinata, observando al centenar de jóvenes que permanecían sentados. Ante la sorprendida mirada de los alfareros, los jóvenes

comenzaron a levantarse, en silencio. Los últimos que lo hicieron fueron los mellizos, que se adelantaron al grupo.

—Hoy es un gran día—dijo Jorge.

Sacó un pañuelo rojo con un escudo bordado, de treinta y un años de antigüedad, y se lo anudó alrededor del cuello. El resto de jóvenes lo imitaron, cada uno con su propia prenda.

—Hoy es un día de celebración—sentenció Miguel.

Los hermanos señalaron al cielo y todos levantaron la mirada.

Una cigüeña planeaba, grácil, en dirección a la colegiata.

Los alfareños contuvieron el aliento, incrédulos.

Otras cinco zancudas aparecieron volando en el campo de visión del gentío.

Los susurros aumentaron el volumen y un mar de dedos señaló a los animales.

Transcurrieron unos tensos segundos. Nada. Las cabezas empezaron a bajarse y se acallaron las voces emocionadas.

—¡Han vuelto!—la exclamación provocó que todos levantaran de nuevo la vista

Decenas y decenas de enormes pájaros daban vueltas en torno a la plaza para terminar posándose sobre el tejado de la colegiata.

Gritos de júbilo y sorpresa se alzaron de todas las gargantas.

Las cigüeñas habían regresado.

Autor: BARBOLITO